



M. S. R. G. S.

Madrid, julio 1938 - Núm. 24

UGT

¡¡ S A G U N T O !!

¡Obreros de la ciudad
de la costa de Levante!
Obreros de cuyo aguante
y férrea voluntad
no hay quien dude. Admiración
produce vuestra hidalguía,
vuestra enjundia, vuestra hombría,
y ante todo, el corazón.

¡Leones de España roja,
de la España noble y fuerte,
que desafía la muerte
sin temor y sin congoja!

¡Comuneros de Sagunto,
fielísimos defensores
del sredo de sus amores
con valor jamás presunto!

¡Españoles que lucháis
por la razón, sin cohecho;
forjadores del derecho
y de la paz que ansiáis!
La medalla del deber
en vuestro pecho han colgado;
el pueblo os ha demostrado
su pasión y su querer.

Y la ciudad del dolor
tan vilmente ametrallada
ha sido condecorada
con la placa del valor.

Muy pronto veréis colmada
vuestra justa aspiración,
alto premio y galardón
a labor tan abnegada.

Y aparecerá en Oriente
un sol limpio, refulgente,
que abrasará la inmundicia:
será el sol de la justicia,
con luz cual nunca esplendente.

PEDRO NIETO.

(Cancionero de guerra.)

ORIENTACION

BOLETIN DEL SINDICATO Y MONTEPIO DE FUNCIONARIOS JUDICIALES - U. G. T.

Núm. 24

Madrid, julio 1938

Año III

EDITORIAL

«ORIENTACION»

Dos años hace que, en este 1 de julio, salió a la luz nuestra Revista.

Dos años hará en este mismo mes que los aristócratas rijosos, militares imperialistas, terratenientes usureros, industriales sin conciencia, funcionarios venales y logreros de toda laya amparados por un clero medieval, cerril y refractario a toda civilización y progreso lanzaron su cavernario grito de guerra y se levantaron en armas contra la República. Contra aquella República que ningún mal les había hecho y que apenas si se atrevía a pedirles con toda diplomacia un poco de lo que a ellos sobraba, para que no siguieran muriéndose de hambre los que, después de toda una vida de agotador trabajo, creían tener un perfecto derecho a disfrutar de merecido descanso y soñaban con una equitativa igualdad ciudadana ante la Ley.

He aquí, compañeros, cómo nuestro periódico, portavoz de nuestra Organización, está unido no ya por afinidad solamente, sino por consanguinidad también, a toda la clase trabajadora. Por eso comparte con ella sus penas, sus fatigas, sus ansias de liberación, sus anhelos de independencia, y siente inmenso orgullo en ser medio, elemento aunque pequeño y arma de combate en la titánica lucha que sostiene el pueblo, el verdadero pueblo, contra sus enemigos seculares.

Bien es verdad que en ningún momento pensó nadie de nosotros que nuestra Revista fuera, a los pocos días de nacer, el mejor exponente del sentir y del pensamiento de esta clase proletaria; porque nobleza obliga a reconocerlo: en aquella fecha no había empezado a formarse aún el espíritu sindical de la misma.

Ha sido preciso este cataclismo de la guerra para que todos, o por lo menos el 95 por 100 de los compañeros, se dieran cuenta de lo que es y representa en un Sindicato el periódico o la revista, que en todo momento es la voz de la organización y lleva hasta el último de los sindicatos, y a muchos de los que no lo son, el aliento de un considerable número de trabajadores que se entregaron, desde el primer día, en cuerpo y alma a la causa antifascista; la consigna que

ha de cumplir en beneficio de la colectividad, y la esperanza de un mañana feliz, de alegría y de paz.

Mucho ha contribuido al prestigio de nuestro Sindicato esta Revista. Mucho la debemos todos, y más, mucho más, tendremos que admirarla y quererla cuando, en otras circunstancias mejores, hagamos de ella muralla contra la incultura y manantial inagotable de experiencia y de enseñanzas sindicales.

Tenemos, con ella, que despertar la conciencia de nuestra clase en su totalidad. Nos ha de servir para formar verdaderos luchadores del proletariado que algún día puedan repartirse por España entera llevando la buena nueva de que ya existe Justicia en nuestro suelo, porque los encargados de administrarla salieron de la entraña misma del pueblo. Haremos de ella tribuna de la dignidad y del decoro, y será enemigo implacable de todo egoísmo personalista.

Sabemos que la voluntad de los que la iniciaron y de los que la sostienen no ha decaído ni decaerá, y por ello nuestra felicitación entusiasta a todos los que en su redacción intervienen, de quienes esperamos mayor esfuerzo para, en breve tiempo, dar principio a los trabajos necesarios en proyecto del desarrollo de la labor antes enumerada, y cuyas directrices oportunamente se expondrán.

LA JUNTA DIRECTIVA.

Junio de 1938.



A MUERTE LOS TRAIADORES

Cuando hoy, 21 de junio, me disponía a escribir unas líneas para nuestra revista, referentes a los rumores de pacto o arreglo con el fascismo para terminar la guerra, leo en la Prensa las declaraciones hechas en Barcelona por el presidente del Consejo de Ministros que confirman la existencia de aquéllos y que sin duda son producto de los sucios manejos de los miserables que no ya no tienen confianza en sí mismos, sino que, además, llevan su cinismo y su osadía hasta el punto de creer que pueden comerciar con la vida o la existencia de nuestro pueblo.

Bien dice en sus declaraciones nuestro camarada Dr. Negrín—uno de los muy pocos estadistas que ha tenido España—que si el Pueblo y el Ejército supieran al detalle y quién lo pretende, las razones que tengan para querer realizar esa traición, les arrastraría a todos. A todos no, porque lo mismo a él que a los que con él se oponen a tal felonía les cubriría de laureles, que es como se premia a los héroes.

Si mal no recuerdo, ya surgió este mismo rumor hace unos meses y también fué desbaratado. Hoy vuelve a resurgir, y ya se impone la necesidad de obrar enérgicamente contra los que lo acojan y pretendan convertirlo en realidad, porque a más de demostrar en ellos una mentalidad pusilánime, refleja un egoísmo tan infantil que, de no ser criminal, produciría hilaridad.

A tales gentes no procede siquiera ni tratar de convencerlas de que están equivocadas, porque eso sería tanto como reconocer en ellas algún altruismo, buena voluntad y mejores deseos de cordialidad fraterna entre todos los españoles. Y tales sentimientos, por su grandiosa nobleza, no caben en el corazón de ningún traidor, y como a tales debe considerarse y tratarse a los que por su tran-

quilidad personal y situación económica, se olvidan, no sólo de los propósitos de los fascistas al sublevarse, sino de las innumerables víctimas de todas clases que nos llevan causadas, de tantísima sangre joven como va derramada y de la salvaje devastación de nuestro suelo.

No, no es posible pacto o arreglo de ninguna clase con la hiena fascista, y ya puede darse por contento quien lo insinúe si solamente se le da la más rotunda negativa, porque algo más se merece,

Esta guerra fratricida la desencadenaron todos los vicios y malas pasiones de aquellas gentes que si algún derecho tenían era el de morir de asco porque para nada valían ni contaban en la vida del pueblo laborioso, cuya única religión es el trabajo; y desde el primer momento quedó declarada a muerte. Su terminación ha de ser con la victoria aplastante y rotunda de los más y los mejores. Así habrá verdadera paz en nuestra Patria, que durará incontable número de años, en el transcurso de los cuales se forjará una nueva civilización que el resto del mundo tendrá que aceptar y seguir.

Por ello es traidor al Pueblo quien pretenda o trabaje para que termine de otra forma; y si ya no tuviera bastantes méritos nuestro Gobierno de Unión Nacional y su presidente Dr. Negrín, sería bastante para su inmortalidad el de saber terminar la lucha con el triunfo definitivo de los que, por no poseer, no tienen siquiera inteligencia bastante para comprender la inmensa grandeza de nuestra lucha; pero que con la tranquilidad así adquirida legarán a las generaciones futuras los medios de perfeccionamiento, en todos los órdenes, que a ellos negaron sus verdugos.

ROCELIO FELIPE VÁZQUEZ.

VISADO POR LA CENSURA

PARA NOTICIA DEL MUNDO

Se comprende que una república tenga enemigos, como los tienen las monarquías y, en general, toda clase de regímenes. Lo que no se comprende es que haya enemigos de la Patria.

Podrá sentirse—según el temperamento de cada individuo—más o menos acentuado el amor a la tierra en que nacimos y nacieron nuestros hijos; a esa tierra que guarda el sueño eterno de nuestros padres; a esa tierra donde hemos soñado, sufrido y amado, y cuyo nombre—¡España!—tiene para nosotros un encanto inigualable.

Pero pensar que haya un solo español que anhele el triunfo de los invasores; que desee ver a su Patria reducida a escombros por la barbarie extranjera y esclavizados todos sus compatriotas, es cosa que no puede concebir ningún cerebro como natural y lógica. ¡Y por desgracia, es cierto! Existen malvados que gritan ¡arriba España! y la están hundiendo a bombazos; se llaman *nacionalistas* y venden la nación a unos poderosos desalmados, permitiendo que invadan nuestro suelo sus ejércitos, para que la venta tenga carácter efectivo por el empleo de la fuerza; se llaman católicos y caballeros y cometen a diario miles de crímenes que la doctrina católica condena y las normas de la caballerosidad rechazan.

No son, pues, ni caballeros, ni católicos, ni españoles. Son unos malvados soberbios, egoístas e hipócritas.

No es, por lo tanto, a ellos a quienes se dirige la declaración de principios del Gobierno de la República, porque hace tiempo que dejaron de ser españoles. Es a nuestros compatriotas, los españoles que, por desgracia suya, habitan en la zona facciosa y están sometidos al yugo de la traición.

Para conocimiento de ellos y *noticia del mundo* se escribió el admirable documento que refrenda el Gobierno. Para cubrir la segunda finalidad, creemos que habrá sido comunicado por conducto de nuestros embaja-

dores y cónsules a todas las naciones. Para conocimiento de nuestros compatriotas de la zona rebelde debería imprimirse el documento y arrojarlo profusamente, por medio de la aviación, en esos territorios.

En cuanto al análisis del documento, quisiera decir algo, por obediencia sindical, correspondiendo a la invitación hecha por la Comisión de Propaganda de nuestro Sindicato; pero, además de mi falta de preparación y aptitud para un estudio de tal naturaleza, creo que en el presente caso concurren otras circunstancias que dificultan la tarea.

No es la menor la de figurar en el Gobierno—verdaderamente de Unión Nacional—todos los partidos políticos y sindicales obreros, por lo cual todos los españoles nos sentimos en él representados, quitándose ocasión o motivo de crítica por parte de algún sector de opinión.

Y es otra circunstancia prohibitiva la de estar redactado con una claridad tan admirable que no se presta a interpretaciones. Si se tratase de un documento escrito en prosa científica, doctrinal, de conceptos muy elevados, pero abstrusos; de nobilísimas intenciones, pero de expresión premiosa y confusa, resultaría meritorio y necesario ir desentrañando la prosa científica, colocándola al alcance del entendimiento del vulgo. Pero no. La declaración de principios del Gobierno de la República no adolece de la menor sombra; toda ella es luz. No juega con frases equívocas ni emplea ardid de leguleyo que le permitan después decir que la intención y espíritu del documento era otra diferente.

Así, pues, no cabe interpretar sino comentar elogiosamente el texto del documento; pero nuestros elogios, por ser nuestros, tan humildes, resultan innecesarios. Sólo cabe, a mi juicio, subrayar, resaltar, llamar la atención del lector, acerca de dichos puntos, por

si en una lectura precipitada pudo pasar algún concepto desapercibido.

Los enemigos de la República, allí donde pueden hacerse oír, esgrimen dos argumentos como razón de su inconformidad: la religión y la propiedad.

“España ha sido siempre un país *eminente-mente católico*—dicen los interesados en explotar este tema—y no puede transigir con un régimen que desatiende esta necesidad espiritual.”

Buena réplica a estos tartufos es el punto 6.º de la Declaración, que dice textualmente: “El Estado español garantizará la plenitud de los derechos al ciudadano en la vida civil y social, la libertad de conciencia y asegurará el libre ejercicio de las creencias y prácticas religiosas”.

Nadie, pues, será molestado, ni menos aún perseguido, por el ejercicio y práctica de sus creencias.

El Estado laico no subvencionará el culto de ninguna confesión religiosa, pero permitirá que los templos abran sus puertas, que se celebren los ejercicios piadosos y que a ellos concurra el público católico que lo desee. ¿Podrán decir los católicos sinceros que son víctimas de un régimen que les tolera todo lo tolerable?

En cuanto a la propiedad privada, el punto 7.º del documento que comentamos dice, entre otras cosas, que “el Estado garantizará la propiedad legal y legítimamente adquirida, dentro de los límites que impongan el supremo interés nacional y la protección a los elementos productores”.

No es posible hablar con más claridad y

honradez de intención. La propiedad será respetada, sí, pero contenida dentro de los límites que imponga el supremo interés nacional.

Ni arbitrarios despojos ni libertad ilimitada para la acumulación de riquezas.

Para los idealistas, para los limpios de corazón, es altamente consolador el 13.º y último punto de la Declaración del Gobierno, porque rebosa en él la legendaria hidalguía española: “Amplia amnistía para todos los españoles que quieran cooperar a la intensa labor de reconstrucción y engrandecimiento de España”.

Cuando, terminada la lucha, sean expulsados los invasores y sometidos los nacionales a la autoridad del Gobierno de la República, la España *roja*, tan calumniada, pero tan noble, abrirá amorosa sus brazos a todos sus hijos descarriados, perdonándoles sus culpas, su ceguera o su cobardía, y les alentará para que todos reunidos emprendan la labor de la reconstrucción del país.

Nada de bolchevización. República democrática, de contenido social y humano, que garantizará y respetará todo lo que es digno de respeto.

Este es, a mi juicio, en concentrada síntesis, el propósito de la declaración de principios, escrita *para noticia del mundo*.

Ya está el mundo enterado. Aguardemos el efecto que produzca este aldabonazo a sus conciencias. Aguardemos, sobre todo, las decisiones de las Internacionales Obreras.

MIGUEL SÁNCHEZ DE LAS MATAS.

COMPAÑEROS:

«ORIENTACION»

ESPERA VUESTROS TRABAJOS

MEJOR REIRA QUIEN RIA EL ULTIMO...

"Mientras queden cuatro soldados y un cabo, España no será del fascismo."

GENERAL MIAJA.

La guerra está en su período álgido; adquiere por momentos extensión e intensidad trágica de azote de la Humanidad. Los campos de Marte se ensangrientan más cada día. España vive en estos momentos la fase más cruel que registrará su Historia. La guerra se hace por instantes más guerra.

Nunca es más temible el monstruo que cuando está herido de muerte. La prisa del enemigo recuerda los coletazos de la ballena que tiene el arpón diestramente clavado en el cuerpo. El cetáceo agoniza, se siente morir ante la resistencia y persecución de nuestros balleneros; el monstruo trata de acercarse a la costa levantina;

Si lo consigue será para morir exhausto de fuerzas, desangrándose rápidamente por sus numerosas heridas.

Admirables palabras las del jefe del Gobierno. Sonora, ecuanímente se oyó la voz de la razón y de la justicia el sábado último. Especificó por qué luchamos y por qué morimos.

El pueblo que lucha por su independencia no puede perecer.

Sonoras y ecuanímes son también las palabras del general Miaja; el uno representa a la Nación, a un Estado que quiere ser fuerte y libre; el otro, al Ejército, que, como un solo hombre, piensa y siente como él.

Cuando hablan los hombres que hoy rigen los destinos de España, ¿lo hacen embargados por el optimismo más ciego y el deseo de dar unos ánimos que no nos hacen falta? ¡No! La voz clara, serena, reposada, de nuestro Gobierno, primero razona y después se deja oír.

Bien lejos están de la realidad los que, ante la ofensiva del enemigo, se creen que en septiembre podrán oír los conciertos de la Banda Municipal en el quiosco de Rosales. Ahora la ofensiva es de ellos; luego lo será nuestra, y ésa será la última palabra.

Nosotros no podemos perder la guerra porque aquí no se ventila un pleito que sólo nos concierne a nosotros, sino que se está forjando el porvenir de las clases obreras de los países del mundo. Por ahora luchamos solos; pero según se vaya acercando la batalla final, ¿seguiremos estando solos?...

E. SÁNCHEZ CASAL.

Ley provisional del Registro Civil

Todos, o por lo menos casi todos, los que pertenecemos al Registro Civil sabemos que con fecha 17 de junio de 1870 fué decretada la Ley provisional del mismo.

Ninguno ignora tampoco que hasta 1.º de enero del año siguiente no entró en vigor. Cuenta, pues, en la actualidad, sesenta y siete años en funciones, con el

carácter de Ley provisional.

yo me pregunto: ¿es que en sesenta y siete años de vida no hubo tiempo ni momento alguno de elevarla a un carácter definitivo? ¿Es que

tampoco hubo, durante el trascurso de sus años en vigor provisional, señores legisladores que hicieran desaparecer de ella la mucha broza y obstáculos que para la legalización del estado civil encierra? ¡Claro que sí los hubo! Lo que pasó, sin duda, a mi modesto criterio, es que hasta llegada la bendita fecha del derrumbamiento del señor Alfonso y compañía ninguno de los muchos que como legisladores desfilaron se atrevió nunca a legislar nada en sentido favorable para los verdaderos hijos del pueblo.

Se hizo, sí, todo lo contrario. Las órdenes,

decretos y disposiciones que se dictaron hasta la aludida fecha, salvo algunas excepciones, no sirvieron nada más que para crear una serie de divergencias y confusiones a las personas a quienes se les debió de reconocer el derecho y la facilidad de poder corregir con máxima sencillez la tramitación de los actos de su estado civil, y en los que seguramente muchos han permanecido en un período de ignorancia hasta llegado el momento de tener que justificar su personalidad.

Poco trabajo costaría poder demostrar la verdadera equivocación existente en muchas disposiciones, pues casi me atrevería a asegurar que en bastantes ocasiones los mismos señores que dictaron órdenes y decretos, no supieron después interpretarlas. ¿Por qué? Muy sencillo. En primer lugar, porque los que llevamos cierto número de años practicando y manejando toda clase de documentos conocemos claramente que en los tiempos a que hacemos referencia muchos de los cargos que se otorgaban, como legisladores, recaían con frecuencia sobre señores en extremo incompetentes, y de aquí precisamente nace la falta vulgar de aprecio en todos los funcionarios de nuestra clase.

Estos señores a quienes se les confiaba tan delicada como interesante misión no sabían, y lo que es más lamentable aún, no querían confiar su ignorancia a verdaderos y fieles asesores, pues el que más y el que menos, al contar con la seguridad de que se les reservaba un cargo que poco después desempeñaría, ya tenía en su meollo el nuevo legislador una orden, un decreto o una disposición encauzada solamente para su conveniencia; pero sin discurrir, porque no había capacidad para ello, que lo que había legislado iba revestido de anomalías incomprensibles y rodeado, a su vez, de perjuicios morales y materiales para todo ciudadano.

Yo claramente confesaré, sin apartarme, ni mucho menos que quizá en mi modo de discurrir esté sometido a múltiples errores; pero estimo de pura necesidad que hoy la ley del Registro Civil debe ser completamente modificada.

Puede, desde luego, sacarse de ella lo que verdaderamente a conciencia se observe útil y práctico; pero es indudable también que debe extirparse de la misma gran parte de casos que carecen de lógica.

Conviene de una forma noble, puramente democrática y justiciara, hacer una amplia transformación de casi todos sus artículos y observaciones, elevando éstos a tenor de las actuales circunstancias, y sin perder de vista en muchos de ellos el exacto cumplimiento, una vez conseguido que nuestra España republicana recobre la normalidad que unos traidores generaluchos carnavalescos, con vesánica codicia, nos arrebataron, empleando para ello toda clase de vehemencias.

Indiscutible es que la labor a realizar para conseguir, digámoslo así, una nueva legislación sobre el Registro Civil, merece indudablemente un estudio minucioso, una fe inquebrantable, un sentido común completamente democratizado y un cariño verdadero por parte de todo nuevo legislador de la noble España leal antifascista. Con estos factores no tardaríamos apenas ver lograda de una manera sana, sencilla y completamente comprensible la nueva ley del Registro Civil.

Es un deber ineludible orientar con la experiencia el ánimo de los demás. Yo soy uno de los camaradas que carecen de dicha experiencia y, por tanto, sabe agradecer (que es lo menos que se puede hacer) que todo buen compañero antifascista que me oriente en mí encontrará siempre bien fortalecido el ánimo y la decisión.

Con tiempo y desvelos procuraré obligar a mi torpe y pobre cerebro que desarrolle algo sobre algunos artículos a corregir, por carecer seguramente de lógica. Después, y a libre criterio de los demás, queda por mi parte aceptada la censura que de mi trabajo estimo conveniente hacer; pero el valor moral de dicho trabajo lo tasaré yo con una insuperable voluntad.

LUIS ANDRÉS.

Madrid, junio 1938.

REGISTRO CIVIL

Negociado de mayor trascendencia que existe, desde la fecha de su creación, de todos los Juzgados Municipales.

Negociado, dicho sea francamente, de más seriedad y responsabilidad que ningún otro departamento relacionado con la Administración de Justicia.

Sabemos todos los ciudadanos que del Registro Civil dependen todos los actos concernientes al estado civil español.

Ningún camarada antifascista debe ignorar que hoy los oficiales y auxiliares de los Registros Civiles de España, y en particular Madrid, Barcelona y Valencia, son a carta cabal, como bien demostrado lo tienen, verdaderos soldados del pueblo; heroicos defensores de la República española; sí, señor: heroicos amantes de la España noble y leal, que vienen defendiendo la causa desde las primeras filas de la retaguardia.

Jamás ni un solo momento, desde el día 18 de julio de 1936, ninguno de los que al Registro Civil pertenecemos ni pudimos ni quisimos abandonar nuestra trinchera, construida a base de un mal pupitre, que sólo de nuestro cuerpo oculta más que las piernas, dejando siempre al descubierto nuestros brazos para luchar infatigablemente con la tan interesante como necesaria misión a nosotros encomendada; libre también la abeja, para responder con ella de nuestros actos, y descubierto nuestro pecho y firme, haciendo frente y aguantando con verdadero valor las balas y obuses que con abundancia la repugnante invasión con frecuencia nos envía.

Estos actos de heroísmo son bien notorios; no es que trate aquí de hacer yo, queridos camaradas, un artículo más o menos exagerado.

Divulgado patentemente queda, por los mismos ciudadanos antifascistas que por pura necesidad han tenido que recurrir al Registro Civil, y asombrados de nuestra tranquilidad, repetidas veces nos dicen: "Pero, camaradas, ¿cómo estáis aquí, tan altos, y con las castañas que están tirando por este distrito?

Aquí corréis mucho peligro; ¿cómo no evacuáis? Vais a morir aplastados". ¡Qué importa!, era y es nuestra contestación. Si morimos aplastados, morimos a gusto, porque sabemos morir, como nuestros hermanos del frente, cumpliendo con nuestro deber. Quizá los traidores y asesinos que nos tiran quisieran sembrar en nosotros, hijos del pueblo, la desmoralización, para que perdimos el ánimo y el valor; pero en nosotros jamás encontrarán más que mayor decisión y cariño por la defensa de la causa y el ánimo cada vez más fortalecido...

Estos son los oficiales y auxiliares de los Registros Civiles de España. Estos... desgraciados, que así se nos puede llamar, son los que a cambio de diez, veinte y hasta cincuenta años de constante cumplimiento de su misión, vienen hoy disfrutando como recompensa a tantos sacrificios

nuestra situación deplorable.

con fecha 9 de enero de 1937, decretó nuestra legalización y reconocimiento, poco después

una Orden de fecha 17 de dicho mes y año, destruyó por completo nuestra justa y bien merecida personalidad, decretando la suspensión de momento (que se está haciendo eterna) del reconocimiento de nuestras ansiadas aspiraciones.

hasta se da el caso, que a pesar de estar nuevamente agregados a los Juzgados municipales, las secciones de juicios civiles y faltas, los compañeros pertenecientes a las mismas, aunque varios de ellos sólo pueden justificar dos o cuatro años de servicios en el Juzgado, hoy poseen sus nombramientos de funcionarios públicos.

Nosotros, los oficiales y auxiliares, que llevamos el que menos diez años de servicio consecutivo, y la mayor parte de nosotros treinta y cuarenta años, hoy seamos sola y exclusivamente unos tristes empleadillos particulares. creo sea llega-

da la hora y en tanto después, con el tiempo que las circunstancias requieran, se nos seleccione de si dependemos de uno u otro departamento, que la verdadera necesidad de momento, y obrando con ello con verdadero caso de justicia, es que ya que hoy ostentan título de funcionario, quienes empiezan a vivir en la curia

lo menos que se nos puede otorgar en estos momentos es no privar de dicho título a quien por le corresponde, y merecidamente lo tiene ganado. Salud y República.

LUIS ANDRÉS.

12 junio 1938

¡Forjando la paz...!

La base esencial del refuerzo para la defensa de la Patria está en la industrialización de nuestro país. La guerra es una formidable demostración de la trascendencia de la unión para el reforzamiento de la economía nacional.

No se trata solamente de que nuestros hombres se batan y se batan con enérgica acometividad que arrolle y desmoralice al enemigo: es preciso crear al mismo tiempo una base industrial, técnica, capaz de asegurarnos la victoria y de producirnos la seguridad de que nunca podrá sernos arrebatada.

Del resultado de la guerra depende la suerte de nuestra Patria; pero depende también, aunque ellos no lo quieran confesar, la suerte y el porvenir de los obreros de todo el mundo que en esta lucha nuestra tienen hipotecada toda su futura redención.

Nuestras tropas tienen forzosamente que seguir el ritmo de la guerra y nuestros investigadores han de proporcionarnos, mediante un estudio constante, los recursos que afiancen la paz el día en que nuestras tropas, arrollando la de los rebeldes, impongan el enmudecimiento de las armas; pero una férrea disciplina ha de ser el encauzamiento de nuestras actividades, disciplina que significa sometimiento de todos al Gobierno, acatamien-

to inalterable a sus disposiciones, tanto en la ciudad como en el campo, y lo mismo en las trincheras que en la retaguardia.

Jaurés dijo que en el espíritu de Barnave no había, propiamente hablando, una revolución francesa: había una revolución europea que tenía en Francia su remate. Quiero con ello recordar algo que a los hombres de gobierno y al pueblo francés interesa tener presente en todos los momentos: la guerra que nosotros sufrimos es la guerra que a ellos les queremos evitar para que no resulte Jaurés profeta, al desencadenarse en Francia toda la brutalidad de los países totalitarios, destruyendo, aniquilando a la República francesa, que en estos días hace recordar las palabras que Wagner ponía en boca de Wothan: "He quedado cogido en mis propias redes; de todos los seres yo soy el menos libre".

Si Francia quiere ser libre, si Francia quiere recuperar su libertad, ha de abandonar el miedo que le hace permitir los crímenes que en nombre de una religión y al amparo de una sublevación se cometen con nuestros hermanos.

RODRÍGUEZ DE RIVERA.

30-V-938.

¡NO LLOREIS, QUE CUANDO VUELVA...!

—¡Papá, papá! ¿Quién te ha dado ese fusil? ¿Nos dejas a mamá y a mí, con lo que te queremos? ¿Dónde vas?

¡Con qué ingenuidad preguntaba el pequeño a su padre, agarrado a las ropas de su mamá y mirando atónito al que le dió sus días, como si éste le causase miedo, y es que llevaba un gorro, una mochila, cantimplora y plato, como si fuese a hacer un viaje largo, como aquellos viajes que soñara el pequeño y que le hacían llegar hasta jugar en grandes batallas con una cajita de soldados que su papá le había regalado; por eso, cuando salía su papá de entre los dos, él le decía:

—¡Papá no es soldado; mis soldados son más bonitos; papá no lleva uniforme, pero a pesar de no llevar uniforme creo que debe ser soldado, puesto que solamente los soldados llevan fusil!

Sin contestar a aquellas preguntas del pequeño, dió un beso a ella, a la compañera, a la que con él había vivido los momentos más amargos de su vida, aquellos momentos en los que siendo él un obrero era perseguido por la burguesía—porque donde trabajaba hablaba a sus compañeros de libertad—, y otro beso al pequeño, a su Antónín, al hijo querido, para el que solamente pensaba y vivía, para el que solamente trabajaba y sufría, y con estos dos besos marchó.

Iban muchos; no recuerdo el número, pero lo cierto es que iban muchos, y al partir parecía que iban contentos: todos iban cantando. Pude observar que aquellas dos lágrimas

que rodaron por las mejillas del que partía se habían secado; él no cantaba como los demás. ¿Habrían llorado todos al despedirse de los suyos? ¡Alguien le dijo que sí, que los había visto llorar, pero que aquellas lágrimas eran lágrimas de emoción, producidas al ver sobre sus hombros aquella indumentaria ordinaria que no les titulaba de soldados porque no llevaban uniforme completo, pero que, en cambio, les titulaban de milicianos de la justicia que iban a reivindicar a la República de las manos de una burguesía autócrata y cerril! ¡Por eso no lloraban, y en cambio iban cantando! También pude observar que algunos besaban el arma, que otros saludaban a la multitud que se apiñaba a ambos lados para ver el paso de aquellos valientes, y a lo lejos, cuando casi ya no se veía la marcial caravana, vi volver una cabeza; me pareció que el aire traía el eco de sus palabras, del cual parece que se me han quedado en el oído estas frases:

—¡No lloréis, que cuando vuelva traeré, por haber vencido a los criminales que se han sublevado, una mayor tranquilidad para ti, compañera; una escuela muy bonita, con unos jardines muy hermosos, para ti, Antónín, y para mí, qué importa: para mí, la satisfacción de haber luchado y haber vencido!

¡Se perdió el eco de sus palabras y el de los cantos; creo que era la Internacional, símbolo de unión entre todos los trabajadores!

¡Salud!

E. SÁNCHEZ.

II-VI-938.

Homenaje

Hasta ahora, todas o casi todas las palabras que se han dicho sobre esta guerra española han sido palabras lanzadas hacia el futuro, actitud bien natural porque todos luchamos por la paz del mañana, sean nuestros ojos mismos quienes vean esa paz o sean los de nuestros camaradas. Pero hoy, al doblar este jalón del tiempo que se llama año, antes de trasponer su linde, tanto por fervor como por melancolía..., ¡cómo no dirigir una mirada hacia esos días cuyo curso dramático y tumultuoso tantas hondas cosas nos ha dicho a todos nosotros, opuestos a la reacción y a la guerra, al odio y a la destrucción! Allí, en ese nebuloso campo de lo ya pasado, quedan tantos y tantos ca-

maradas nuestros, muertos por nuestra libertad, nuestra vida y nuestra paz. A ellos van estas palabras, no como recuerdo aislado, innecesario, porque su memoria vivirá ya tanto como viva el pueblo español, sino como ese abrazo que damos a aquellos con quienes entrañablemente juntos hicimos una etapa y de los cuales tenemos luego que separarnos. ¡Cuánto generoso caudal han derrochado esos cuerpos caídos, muertos unos en la lucha frente a frente o muertos otros, sin medios de defensa, por los enemigos de la inteligencia y de la libertad!

Su sangre, su carne, sus huesos, piadosamente recogidos por los anchos brazos de la

ESCUELA DE CAPACITACION

Ya fué harto sensible que el Frente Popular de la Administración de Justicia suspendiera su altruista tarea de divulgar el proyecto de la Escuela Superior de Capacitación de los Funcionarios judiciales. Se acrecienta ese sentimiento al advertir que tal suspensión circunstancial y transitoria en su origen, ha adquirido condición permanente, y de ello no cabe ciertamente deducir ventajas para la solución de tan interesante problema. Aunque no hayan trascendido, existen sin duda razones muy estimables que explican y aun justifican el aplazamiento que comentamos. Más comprobado el hecho, lo que ya no tiene justificación razonable es que no se haya intentado, por todos aquellos a quienes el problema afecta, sustituir aquel medio de divulgación por otro de semejante o mayor poder difusorio. Y el caso es que su hallazgo no parece tan imposible. Tenemos, por ejemplo, las columnas de nuestro periódico sindical, que podrían reemplazarle quizás ventajosamente. Y esta ventaja estriba en que compañeros que por natural modestia o timidez rehuirían compartir ese trabajo de divulgación desde los escaños de una tribuna, no tendrían inconveniente en verificarlo a través del periódico. El caso no es nuevo y se ha dado en hombres de positiva inteligencia. Meritísimos escritores han rehuído las ocasiones de exponer en público sus ideas. Idénticos reparos han experimentado hombres de excepcional cultura y competencia, que por parquedad de expresión u otras razones, sólo se pusieron en contacto con el

tierra, se fundirán con ella misma, y algo del libre aliento que en vida les sostenía pasará a fundirse también con la naturaleza. Así, en los años futuros, en la savia, en las nuevas hojas, en la pluma de los nuevos pájaros, en los dorados átomos del aire, vibrará un eco de aquel antiguo aliento humano. Y por su muerte, el espíritu de libertad que movía a nuestros camaradas alentará difusamente por la tierra toda, uniéndose con el que anima a los innumerales camaradas vivos.

¡Qué nuestra será esta tierra entonces, por ellos y por nosotros, por la vida y por la muerte, en un gran abrazo de sombra y de luz!

¡Con una ideal corona de olivo y laurel mezclada en el dintel mismo de esas puertas del tiempo que se cierran, dejemos a nuestros camaradas yertos, sin esa fiebre de la vida, reposar en la eternidad.

E. S.

público a través de sus libros a cuyas páginas confiaron el tesoro de su cultura, que hoy nos sirve de provechoso aleccionamiento. No hay, pues, porqué extrañar timideces semejantes en modestos funcionarios carentes de aquella preparación y que, por ello precisamente, suspiran por una Escuela de Capacitación.

El procedimiento apuntado tiene el inconveniente de que la publicación del periódico es mensual, y en vez de la propaganda densa y apretada que el problema requiere, resultará ésta espaciada en demasía, y aun ganando en extensión lo que perdiera en intensidad. Más sin duda existen otros medios divulgatorios más excelentes que el apuntado. El buscarlo sería lo de menos. Lo importante, lo trascendental es sacar el proyecto del estado de sopor y de indiferencia en que se halla sumido. Airearlo, ambientarlo y encariñarnos con él. Es de tener en cuenta, compañeros, que el proyecto de Escuela, como está, reformado, como fuese, con tal que sea crisol de una nueva generación judicial, más humana, más comprensible que la que se fué, llena todas las apetencias que en el orden intelectual y en el material sentimos los desheredados de la Justicia. Cumple todas las aspiraciones de los que hoy, como ayer, en la humilde esfera de nuestras actividades, es la clase que más padece y trabaja. Viene a colmar las ansias de superación contenidas, refrenadas, de los que, amarrados al duro banco de la galera de la Administración de Justicia, enfebrecidos en una oscura e ingrata labor de forzados remeros, logramos tenaz e incansablemente, sin debilidades ni desfallecimientos, bastándonos la íntima satisfacción del deber cumplido y que la nave no vea interrumpida su marcha por la falta de nuestro esfuerzo.

Por ello es precisa la colaboración tenaz, intensa, constante de todos los que hoy ostentamos la condición de funcionarios judiciales. Colaboración prestada en las columnas de ORIENTACIÓN; en trabajos para la sección mural, en las galeradas de la prensa a que se pueda tener acceso. La Escuela Superior de Capacitación es tierra de promisión y de liberación. Se atribuye a un gran capitán del pasado siglo la frase de que en la mochila de cada soldado está escondido el bastón de un mariscal. ¿Por qué no pensar que algún día y sobre el pecho de un compañero que compartió nuestras humildes tareas, forjado y pulimentado en esa Escuela, pueda brillar el Gran Collar de la Justicia?

«INSISTAMOS»

En el último número de nuestra revista ORIENTACIÓN vuelve nuestra Directiva nuevamente a poner de manifiesto el poco estímulo que demuestran algunos compañeros en cuanto a labor sindical se refiere, y no creo que sea prudente silenciar esta nueva advertencia que nuestros dirigentes nos hacen otra vez a través del editorial de nuestra revista.

Yo estimo que es hora ya de que todos nos sacudamos esa pereza nativa en casi todos nosotros y empecemos a comprender cuál debe ser nuestra obligación y que aquellos recelos que tuviéramos de no ser comprendidos en nuestras apreciaciones o iniciativas que se nos ocurran deben ser rechazados definitivamente y colaborar con todo nuestro tesón con los compañeros de Directiva y con todos aquellos que, por su actividad, necesiten la ayuda de otros compañeros.

Es natural que la Directiva esté satisfecha por una parte y descontenta por otra, porque ve que, por nuestra parte, no llegan a su poder nuestra conformidad o disconformidad a las necesidades del momento, y es muy bonito hacer y tener esa posición de indiferentes y dejar pasar todo y no censurar aquellas cosas que lo merezcan y aplaudir las que sean dignas de ello.

Hasta ahora no creo que haya motivo alguno de censura; pero si no nos preocupamos de estudiar y sacar las consecuencias que puedan tener las líneas que mensualmente nos dirige la Directiva, es lógico suponer que nuestros compañeros dirigentes se crean en un grado de superioridad viendo que todo cuanto ellos nos dicen lo damos por bien hecho. Esto tengo la seguridad plena que ellos no lo quieren; desearían, por el contrario, que se comentaran los artículos de nuestra revista, pues, como torpemente indiqué en un artículo que me fué publicado, cuando no se tienen cuestiones que plantear, debemos sacar materia de los artículos que aparecen en la revista.

En este número último se observa cómo son varios los artículos que lamentan esta ausencia de los compañeros para colaborar, y especialmente el compañero De Andrés hacía una alusión a lo que él llama "machacón", toda vez que su artículo se refiere en primer lugar a lo que puedan pensar aquellos que parece que nada va con ellos, y dice: "que él insistirá en ser pelmazo". Nada más justo; yo creo que por mucho que se insista en esta necesidad ineludible de que todos, como sindicados, sinta-

mos la responsabilidad de que nuestro Sindicato no sea una cosa muerta y, por el contrario, esté siempre dando muestras de vitalidad, es poco, pues algún día llegará que podamos ver claramente cuáles son aquellos que han demostrado el interés colectivo y no el personal, y entonces podrá aclararse qué causas motivaron a estos indiferentes a ingresar en el Sindicato.

Decía también y exponía una idea, que debe tenerse en cuenta, pues es bastante importante, la cuestión de los delegados, pues serviría para controlar en todo momento la actuación y comportamiento de todos los sindicatos en los lugares de trabajo. La Directiva tengo la seguridad que estudiará esta iniciativa, por si pudiera ser aprovechable, pero nosotros también debemos dar nuestra modesta opinión y ver las ventajas que esto pudiera reportar en beneficio de nuestra Organización.

Da penar leer la revista, en el sentido de que son varios los compañeros que remarcen la necesidad de pedir colaboración para el periódico y que a estas advertencias no le demos la importancia que tiene: la de que todos ayudemos.

Tampoco debemos dejar de alentar a todos aquellos que todavía no se han decidido a ello cuantas veces sean necesarias; pero también observemos a los que con su indiferencia y apatía perjudican el florecimiento de nuestra clase.

¿Podemos sospechar siquiera que los compañeros que están al frente de la revista y de la Directiva están haciendo una labor personal? Rotundamente, no. Están trabajando por el mejoramiento de todos, y solamente pensando esta labor que realizan debemos todos ayudarlos y hacer un trabajo colectivo, que en su día ha de dar el rendimiento apetecido por todos, y entonces veremos cómo, a pesar de que creamos que nuestros camaradas son "pelmazos" en insistir en sus llamamientos, su insistencia nos benefició a todos.

FERNANDO J. DE MOLINA.

«Los espíritus mediocres condenan de ordinario todo lo que sobrepasa a su alcance.»

La Roche-foucauld.

COMENTARIO

Tres millares de hombres, luchadores infatigables en esta encarnizada guerra, traída por la ofensa oprobiosa de unos desalmados egoístas; tres mil hombres han traspuesto la frontera de la vecina República, después de haber tenido bien guardado el pabellón de la España leal. De esos tres mil combatientes, noventa han sentido el impulso de pisar la tierra manchada por los traidores. Noventa más a la suma. Gran lección ofrecida momentáneamente en la que un grupo compacto refleja la acrisolada virtud en sangre de nuestra querida y atormentada tierra. El otro grupo, más pequeño y empujado de espíritu, deja tras sí una estela de mala fe que acaso en momentos haya hecho daño en los sentimientos de nuestros queridos hermanos. Quien haya mirado los rostros en esos grupos habrá estudiado las líneas y las posiciones de las distintas conciencias. Sabiendo de antemano que débese un respeto a toda ideología, anúlase tal concepto, siempre que por encima de la idea revolotea, haciéndose dueña, la trágica sombra de un negro y preñado insecto: el mal. ¡Qué distinto habrá resultado el sentido de la resistencia leal, con el sentido egoísta de una derrota o de una apresurada retirada para unirse con los suyos. Tienen que haber vivido momentos en que la cobardía y la traición han jugado el principal

papel. No han podido sentirse dueños de su persona y tienen que haber reconocido la hombría de los que resistiendo obedecían a su Gobierno y daban por cada palmo de terreno una gota de su sangre. Son los mismos de siempre. Los legionarios del levitismo. Espíritus encogidos. Vividores a costa del prójimo. Parásitos. Innobles. Tornan hacia su plataforma, a esperar que su amo vuelva a mandarles y sumisos acariciar encima al tirano. ¡Arriba, corazones sanos que os repatriáis a nuestro suelo! Sois la fuente de la lealtad y la obediencia al gran Gobierno de la República española. Defensores del honor y de la independencia de España, riqueza codiciada por los monstruos totalitarios, que no pueden ni dar la cara a sus pueblos en momentos críticos para ellos, por falta de la razón, que es la que por encima de todo existe en esta tierra noble. ¡Qué largo se les habrá hecho el tiempo hasta lograr encontrarse al lado de los suyos! ¡Cuánto habrán temblado! ¿Y son ellos los de la España grande? ¿Cómo la defienden? Ayudando a los amos a destruirla, sin mirar que se destruyen ellos mismos; pues el corazón y la conciencia les son tan pequeños que no sienten los latidos ni saben de sentimientos.

RAFAEL OGANDO.



POR causas ajenas a nuestra voluntad, nos vemos en la imposibilidad de dar a conocer varios trabajos de queridos compañeros.

EL SEPTIMO PUNTO

Respondiendo a la encuesta abierta por ORIENTACIÓN, cuya iniciativa estimo acertada por lo que tiene de acción divulgadora y de estimulante para los que nos ocupamos de nuestra Revista, paso a emitir mi modesta opinión acerca de uno de los puntos o fines de guerra que, para conocimiento de sus compatriotas—los leales, los traidores no—y noticia del mundo, ha declarado solemnemente el Gobierno de Unión Nacional.

Séame permitido dejar sentado previamente mi criterio de que, después de haber merecido el trascendental documento del doctor Negrán unánime elogio en todos los sectores políticos y sociales de España y del extranjero, ninguna otra cosa podríamos hacer nosotros, modestos ciudadanos, que incidir en el encomio y congratularnos de tener por compatriota a un estadista de tan relevantes méritos. Y que tratar de glosar, inquirir u opinar sobre el desarrollo o finalidad de todos o cada uno de esos principios del Gobierno, que, dicho sea de paso, recogen admirablemente las esencias democráticas del pueblo y constituyen un programa de realizaciones prácticas *para cuando termine la guerra*, antójaseme a mí algo prematuro, o, dicho más gráficamente, que es tanto como pedir la contestación antes que la carta.

Pero en fin, por mí no ha de quedar, y ahí va mi encuesta.

Cuatro extremos o, por mejor decir, cuatro son los postulados programáticos que contiene el punto séptimo, objeto de estas líneas, a saber: 1.º Garantía de la propiedad legal y legítimamente adquirida. 2.º Impedimento de la acumulación de riqueza. 3.º Desarrollo de la pequeña propiedad, garantizando el patrimonio familiar; y 4.º Respeto de la propiedad e intereses legítimos de los extranjeros que no hayan ayudado a la rebelión, con indemnización de los perjuicios *involuntariamente* causados en el curso de la guerra.

Son de tal envergadura estos postulados, que para hacer un acabado estudio de cada uno de ellos se necesita poseer una privile-

giada inteligencia que yo no tengo, un tiempo del que carezco y un espacio o lugar en las páginas de nuestra revista que no permite la índole o textura de la misma. Así, pues, he de limitarme tan sólo a tratar muy someramente de ellos; bien entendido que al hablar de propiedad me refiero a la urbana, prescindiendo, por tanto, de las otras clases, cuales son: la de cosa mueble, la intelectual y la del agro.

El primer extremo puede decirse que está íntimamente relacionado con el segundo, por cuanto aquél garantizará la propiedad dentro de los límites que impongan el supremo interés nacional y la protección a los elementos productores, y el otro impedirá la acumulación de riqueza. Es decir, que lo que pudiéramos llamar *GRAN PROPIEDAD* habrá de limitarse en el sentido que no implique acaparamiento de riqueza. Más claro: que un propietario sólo podrá serlo de una o más fincas siempre que las rentas acumuladas de todas ellas no pase de x pesetas; pues toda propiedad que exceda de este límite supondría acaparamiento de riqueza, y en tal caso aquélla dejaría de ser privada y pasaría al Estado.

Esta limitación tiene su razón de ser, porque el acaparamiento de riqueza constituye —ha constituido siempre— un estímulo a la holganza o a la inactividad, permitiendo que unos se hagan ricos a costa de los demás y produciendo parásitos como aquellos que todos hemos conocido, arrellanándose en los mimbres a las puertas del Casino de Madrid y Círculo de Bellas Artes, y a los que el pueblo calificó, muy graciosamente, de *TRABAJADORES DE LA ARISTOCRACIA*.

¡El día 16 de julio de 1936 se acabaron todos los privilegios y todos los holgazanes... ricos!

Otro de los límites que habrá que imponer a esa propiedad será la tasa en el precio de arrendamiento, tomando como base el líquido imponible de su renta debidamente capitalizado; es decir, que si ese líquido imponi-

ble arroja la cifra de 5.000 pesetas, capitalizado al 5 por 100 daría un valor al inmueble de 100.000 pesetas, las que no podrían producir nunca más renta o interés que el normal del dinero fijado por la Ley de Azcárate; o sea el 8 por 100; resultando que el precio de arrendamiento sería el de 8.000 pesetas, que habría que distribuir, proporcionalmente, entre todas las viviendas de la finca. Con cuyo procedimiento ni el propietario, ni la Hacienda, ni el inquilino, saldrían perjudicados: aquél, porque obtendría un beneficio legal, justo y equitativo; la Hacienda, porque se tributaría también justa y equitativamente, y el arrendatario, porque tendría la seguridad de que no se le explotaba.

De todos modos, ninguna objeción o protesta podrían hacer esos propietarios a este extremo que estamos glosando del séptimo punto, por cuanto en nada les perjudica, mucho más si se tiene en cuenta que no anula ni restringe ninguno de los medios legales por los que se puede adquirir o transmitir la propiedad, cuales son: la donación, la herencia testada o intestada, la compraventa judicial o extrajudicial, la permuta y la cesión mediante la tradición de la cosa, y la prescripción.

El tercer postulado es de una lógica aplastante.

Todos sabemos que existen muchos ciudadanos que a costa de grandes sacrificios económicos, fruto de su cotidiano trabajo, llegaron a construir o a adquirir a plazos una chabola o modesta casita para habitarla con sus seres queridos y librarse de la carga del pago de un arrendamiento, constituyendo en la mayoría de los casos un verdadero patrimonio familiar.

Esta clase de propiedad habría que distinguirla de aquella otra de que nos hemos ocupado anteriormente al tratar de los postulados primero y segundo, estableciendo, por ejemplo, como normas las siguientes:

Se conceptuará PEQUEÑA PROPIEDAD:

1.º Todo inmueble que se halle ocupado por su propietario o sus familiares, entendiéndose por éstos la compañera legítima del cabeza de familia, sus hijos, ascendientes y parientes colaterales hasta el cuarto grado. 2.º Todo inmueble que no tenga más de cinco viviendas y su renta no exceda de 3.000 pesetas anuales.

Los primeros se regirán por las disposiciones que regulan el derecho de sucesión intestada, sin que se puedan arrendar ni traspasar a otro por ninguna clase de título. Tampoco podrán ser objeto de embargo por ninguna autoridad o particular, cualquiera que fuere la procedencia del crédito a reclamar, para cuya efectividad el Estado dictaría el procedimiento menos vejatorio y perjudicial a los intereses del deudor, mediante la retención del sueldo, haber o jornal de cualquiera de los ocupantes de la vivienda por el orden establecido, hasta la extinción de la deuda; habida consideración de que ningún ciudadano permanecería inactivo porque, necesariamente, habría de estar ocupado en trabajo que le produjera un rendimiento para atender a las necesidades de la vida; llegando, en casos especiales, que difícilmente habrían de darse, y serían los menos, a conminar a los morosos con destinarlos a trabajar gratuitamente en beneficio del Estado, la Provincia o el Municipio por el tiempo equivalente al importe de la deuda o descubierto.

Respecto a los inmuebles puestos en renta, y conceptuados como de *pequeña propiedad*, se suprimiría el juicio de desahucio en cuanto a ellos, aplicándose, en caso de falta de pago de alquileres, las mismas normas que quedan consignadas sobre retención del sueldo, haber o jornal del arrendatario moroso, amparadas por la autoridad gubernativa o local del lugar donde esté enclavado el inmueble. El importe de las fianzas se ingresaría en un establecimiento de crédito, donde produciría interés que percibiría el arrendatario durante el tiempo que estuviera constituida la fianza, quedando ésta afecta y respondiendo, no sólo de los deterioros o daños producidos en la vivienda, sino del pago de alquileres

pendientes a la terminación del arriendo, pudiendo llegar, caso de no bastar a cubrir estas responsabilidades, al procedimiento de la retención o del trabajo gratuito en favor del Estado, el que indemnizaría, en su caso, del descubierto al propietario.

En fin, promulgaríase una nueva y especial legislación para esta pequeña propiedad urbana. Ley que muy bien pudiera denominarse "LEY DE LA VIVIENDA".

El ideal sería que todo ciudadano pudiera llegar a ser propietario de su vivienda; porque así como se dice, respecto del agro, que la tierra es del que la labra o trabaja, la vivienda debería ser también del que la ocupa y paga.

A este respecto decía el popular Eusebio Blasco en una, como todas las suyas, bien escrita crónica, que no había razón para que un ciudadano cualquiera adquiriese una máquina de coser o de escribir, una librería o un traje, pagado a plazos, y al término del contrato, la máquina, la librería o el traje pasaría a ser de su propiedad exclusiva; mientras que el que ocupa una habitación, y la viene pagando durante años y años por plazos mensuales, nunca llega a ser suya.

Este ideal sería fácil de conseguir mediante una revisión técnica catastral de toda la propiedad inmueble, y una vez conocido el valor de cada uno de los cuartos o viviendas, por el procedimiento antes indicado de la capitalización del líquido imponible, y computadas que fueran las rentas pagadas desde la fecha del arrendamiento hasta el momento de la revisión técnica, se viniera en conocimiento de que el inquilino había satisfecho el valor asignado a su habitación, adjudicársele en propiedad (a él o a sus familiares, continuadores en el derecho de vivienda), todo ello, como es natural, mediante el cumplimiento de las leyes que a estos fines se promulgaran.

Estas habrían de contener la abolición del odioso procedimiento de desahucio y establecerían que la vivienda habría de regirse por el derecho de habitación o del usufructo en

su caso, en cuanto fueran aplicables y estuvieran en consonancia con esta nueva modalidad legal.

Como se ve, todo esto sería bastante complejo, y como dijo Sancho, "peor es menallo".

El cuarto extremo o postulado sólo es demostrativo de la hidalguía y nobleza que caracteriza al pueblo español al proponerse el Gobierno indemnizar a los extranjeros de los perjuicios *involuntariamente* causados en su propiedad e intereses legítimos; por cuanto nosotros, que no hemos provocado la guerra, ni lanzado las bombas, ni disparado los obuses causantes de esos daños, estamos dispuestos a la indemnización de ellos. En realidad, quien debiera indemnizarlos sería el bando faccioso. ¡Pero vaya usted, una vez terminada la lucha bélica, con reclamaciones de esta índole a las naciones invasoras o a los generales rebeldes! Lo que ellos dirían: después del burro muerto, la cebada al rabo. Y hasta puede que agregaran: los españoles leales ser muy valientes, muy heroicos, pero ser también tontos de capirote.

¡No importa! Lo cierto es que, una vez más, demostraríamos al mundo nuestro noble y leal proceder para con esos extranjeros, y nos quedaría siempre la satisfacción de que no procederían con la misma hidalguía y nobleza los del bando opuesto con esos extranjeros, aun cuando los hubieran ayudado a la rebelión.

Estas son, a grandes rasgos expuestas, las sugerencias que me ha inspirado la lectura de la Declaración de Principios del Gobierno Nacional y de Guerra en cuanto al séptimo punto; y sólo me resta decir que la terminación de la lucha sea pronta para poner en marcha esos principios programáticos y poder demostrar al mundo entero que España sabe combatir, ser heroica, cumplir sus compromisos nacional e internacionalmente y regirse a sí misma.

¡Viva la República Democrática Española!

ANGEL PÉREZ UGENA.

TALLERES TIPOGRAFICOS

R E H Y M A

●
FOLLETOS
REVISTAS
LIBROS
MODELAJE

●
Antonio Grilo, 9

TELEF. 16889 + MADRID

REVIEWS BY

R. E. H. Y. M. A.

REVIEWS

REVIEWS

REVIEWS

REVIEWS

REVIEWS

REVIEWS

18/10/1900

Mad